

Sábado Literario

LETRAS

ARTES

CIENCIAS

TEMAS DE LA CULTURA

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Suplemento semanal
del diario PUEBLO

Sábado 27 de octubre
de 1979



Escribe Francisco RIVAS

CONVERSACION CON LEOPOLDO PANERO:

“No
somos
personas”

LEOPOLDO María Panero tiene en prensa dos libros de poesía que se llamarán «De cómo Ezra Pound pasó a formar parte de los muertos partiendo de mi vida» (Libros de la Ventura) y «Narciso en el acorde último de la flauta» (Colección Visor). En la conversación que sigue Francisco Rivas habla con el poeta de estos próximos libros, de una reciente conferencia y de muchas otras cosas...

LOS PREMIOS NACIONALES DE LA CRITICA Y LA FUNCION DE LOS CRITICOS LITERARIOS

Escribe Jacinto LOPEZ-GORGE
vicesecretario de la Asociación

LOS miembros de la Asociación Española de Críticos Literarios, miembros también de la Association Internationale des Critiques Littéraires, residentes en Madrid, se reunieron días pasados bajo la presidencia de Guillermo Díaz-Plaja, llegado expresamente de Barcelona para esta reunión. En los próximos días, convocada igualmente por el presidente de los críticos españoles, tendrá lugar en Barcelona una reunión parecida. La sede de esta Asociación de críticos de toda España y su secretaría general, está en Barcelona. Pero el mayor núcleo de los críticos españoles reside en Madrid. De ahí esta convocatoria madrileña del presidente, que no pudo hacerse por escrito —hubo que recurrir al teléfono— por falta de material de tiempo, lo que impidió que pudiera localizarse a la totalidad de los asociados aquí residentes. No obstante, el número de asistentes a la reunión fue bastante elevado.

HABIA que tratar algunas cuestiones importantes relacionadas con la función crítica, entre otras de carácter interno de la Asociación, y comenzar los preparativos de los Premios de la Crítica 1979, que habrán de fallarse en Zaragoza a primeros del año próximo. La fecha no puede ser más solemne: se trata de la celebración, con los que este año se adjudiquen, del XXV aniversario de la fundación, precisamente en Zaragoza, de los Premios de la Crítica.

Voy a referirme en este artículo que «Sábado Literario», de PUEBLO, me solicita a dos solas cuestiones de la reunión por el indudable interés que han de despertar entre los lectores que siguen más o menos de cerca la vida literaria española. Era la primera una cuestión candente: los Premios Naciona-

les de Literatura, recientemente convocados, y la composición de los jurados que los fallarán. Se ha querido en esta ocasión que las asociaciones de escritores estuvieran representadas en esos jurados. Lo lógico era que esa representación la ostentara la Asociación de Críticos. Pues no. Ha sido la Asociación Colegial de Escritores la llamada, según decreta en el «Boletín Oficial» el Ministerio de Cultura cuando da a conocer la composición de los jurados. ¿Cuál es entonces la función de los críticos? ¿No son ellos los que vienen juzgando todo el año los libros que se publican? ¿Acaso es esta la función de los escritores colegiados? La Colegial de Escritores es una asociación profesional cuya misión es defender los intereses profesionales de sus asociados, que pueden ser críticos o no, pero que de ningún modo representa a los críticos ni es la más indicada para designar al crítico o críticos que han de figurar en la composición del jurado de los Premios Nacionales. Por pura lógica, esto ha de corresponder a la Asociación de Críticos Literarios. Porque, en ese caso, los mismos derechos tienen la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, el Pen Club Español y cuantas agrupaciones de escritores existan, cada una con su función propia, en este país nuestro. Por otra parte, y desde siempre, la Federación de Asociaciones de la Prensa designa también un representante suyo para esos jurados. Y lo curioso es que se dice en el decreto ministerial que sea un crítico precisamente, pero de la Asociación de la Prensa. ¿Por qué? ¿No estará más capacitada para designarlo la propia Asociación de Críticos Literarios? Todo esto se va a poner en conocimiento del Ministerio de Cultura, que es quien convoca los Premios Nacionales de Literatura,

y se le va a pedir esa representación de los críticos, como tales y no como miembros de ninguna otra asociación, en todos los jurados —poesía, narrativa, ensayo, etc.— que han de fallar unos premios tan genuinamente literarios como éstos.

La otra cuestión importante de la reunión de críticos madrileños fue la organización y normativa de los Premios de la Crítica 1979. Tal como se acordó en Murcia, tras el fallo de los Premios 1978, estos Premios del 79 se otorgarán en Zaragoza, que fue la cuna de los Premios de la Crítica, en conmemoración del XXV aniversario de su fundación. Se acordó también en Murcia que uno de los fundadores, Luis Horno Liria, residente todavía en Zaragoza, fuera en esta ocasión presidente del jurado. Y que del mismo formaran parte todos los supervivientes que participaron en aquél del año fundacional. Se ratificó el acuerdo murciano y se acordó consultar a cada uno de ellos, para saber si aceptaban o no. Pero también se aceptó una propuesta, ampliamente debatida, en el sentido de que no se eliminara del jurado, aunque sólo fuera en esta ocasión, a los restantes críticos asociados no fundadores de los Premios, especialmente a los que por edad no hubieran podido estar en Zaragoza hace veinticinco años. Y se acordó completar el jurado, hasta un total de veinticinco miembros, con aquellos que fueran elegidos por todos los asociados de entre los miembros de la Asociación. Se propuso igualmente que el jurado tuviera un secretario en Zaragoza, junto al presidente, y otros dos en Barcelona y Madrid. Y que el presidente de la Asociación tampoco dejara de pertenecer a este jurado.

Así, pues, los Premios de la Crítica 1979, que conmemoran el XXV aniversario de su creación, ya están en marcha decidida, puesto que en Barcelona no ha de existir inconveniente alguno en que así sea. Una mayoría abrumadora —sólo tres votos hubo en contra— lo dispuso de ese modo. Los críticos españoles, una vez constituido el jurado, ejercerán su función fundamental: la de juzgar los libros publicados durante el año. Pero lo harán también en el jurado de los Premios Nacionales de Literatura?

1959



Fotografía (archivo) de una de las reuniones del jurado del Premio de la Crítica, antes de iniciar las deliberaciones, en el año 1959, cuando éste cumplía cinco años de existencia. De pie y de izquierda a derecha: José María Castellet, Enrique Sordo, Rafael Vázquez-Zamora, José Luis Cano, Luis Horno Liria, secretario del jurado; Francisco Yndurain, presidente; Antonio Valencia, Pablo Corbalán, José Fuster, de Valencia. Sentados: Eusebio García Luengo; Tomás Salvador, de Barcelona; Dámaso Santos, Bartolomé Mostaza; Antonio Vilanova, de «Destino», de Barcelona, y Julio Manegat. Faltan en la fotografía Leo-

poldo Panero, Lorenzo Gómez, Esteban Jollist, Ricardo Guillón y Juan Ramón Masoliver.

1978



De arriba abajo y de izquierda a derecha: Lu's Suárez, Domingo Pérez Minik, Luis Horno Liria, Enrique Sordo, Leopoldo Azancot, Florencio Martínez Ruiz, Leopoldo de Luis, Dámaso Santos, Cecilia Guillarte, Fernando Sánchez-Drago, Felipe Bausa, Joaquín Marco, Jacinto López Gorgé, Juan Ramón Masoliver, Miguel de Santiago, Rosa María Pereda, Guillermo Díaz-Plaja, Ana María Navales, José Luis Cano, Concha Castroviejo y Basilio Gassent

CONVERSACION ⇒ CON LEOPOLDO PANERO

PANERO. (Según llega al bar, sin dejar formular ninguna pregunta.)— Bueno, el problema de la psiquiatría es que a unos le gusta la playa y a otros la montaña, luego están los madelman...

Logro conducirlo hasta un restaurante. «Yo no voy a cenar», advierte.

PANERO. (Sentándose en la mesa, sin dejar formular ninguna pregunta.)— Si se pone en duda que una persona sea tal cual, o sea, como una máquina, como una especie de cosa fija, se llega a la conclusión de que no existe el estatuto de persona, sino el estatuto de situación. Hay que ir un poco más lejos de Ortega cuando dice: «yo soy yo y mi circunstancia». No es que yo sea yo, precisamente si soy mi circunstancia nunca soy yo, soy una entidad móvil, es decir, el individuo cambia según los modos de ser de un grupo, como averigua Laing. En cada grupo, en cada circunstancia, es otro, es completamente distinto. Motes como borracho o fracasado, sólo son atribuyibles a este hombre sin atributos, en el cual yo no tengo ninguna fe... Ese hombre es un alcohólico, porque en todos los modos de ser grupal suyo es considerado como tal, pero en realidad él puede cambiar en otro ser que... no sé, un ser heraclítico, un ser que sea muchos seres...

RIVAS.—Pero a ti precisamente acaban de someterte a una cura de desintoxicación alcohólica; hoy mismo te han dado de alta...

PANERO.—No, no se trata de que no sea ya alcohólico, es que no creo que haya alcohólicos.

RIVAS.—Serán borrachos entonces.

PANERO.—Exactamente, ja, ja, pa y fracasados tampoco, nada más que por un instante, ¿comprendes?

RIVAS.—¿Vas a dar una charla un día de estos?

PANERO.—Sí, en el café Ruiz, sobre espacio público-espacio privado. Creo que se trata de una dimensión nueva de la lucha de clases.

RIVAS.—¿De qué clases?

PANERO.—Bueno, lucha de castas, quizá más que de clases, es decir, de castas corporales en tanto que el proletariado se define precisamente por ocupar el espacio público. El proletariado exhibe su cuerpo, viste ropas chillonas, grita mucho, hace gestos desenfundados... es por eso que en su marco la locura, lo que vulgarmente se llama pasarse, casi no existe. Además, el proletariado tiene otra ventaja para definir un nuevo lugar social, y es que se agrupa en formaciones muy amplias, no en grupos de dos o tres.

RIVAS.—¿No crees que una de las grandes ventajas de esta sociedad es la de garantizarnos precisamente la posibilidad de un espacio privado?

PANERO.—Pero si las ventajas de ese espacio privado son, digamos, un título o la posibilidad de que te atribuyan una etiqueta nefasta, un estigma para toda tu vida, pues realmente prefiero un espacio público y la pérdida total de la intimidad a condición de escapar a la persona, a condición de escapar a la mera apariencia, porque, en definitiva, viene de ahí el problema, de la inexistencia de situación. La vida no existe, porque no hay situación.

RIVAS.—Muy situacionista te veo, un poco pasado ya todo eso, ¿no?

PANERO.—Eso por supuesto. Yo me he pasado toda mi vida tratando de encontrar, ya sea en Madrid, ya sea en Barcelona, ya sea en París, una situación. En mis infinitas noches de borrachera, lo que trataba de buscar era una situación que en el fondo yo gobernara, porque todo el mundo estaba jugando a ser persona, a ser apariencia, a ser máscara, que es lo que significa para mí ser persona, y por eso no había situación. Donde únicamente se puede encontrar la situación es en comunas antisiquiátricas, en comunas de toxicómanos...

RIVAS.—A las que de un año a esta parte, por cierto, demuestras mucha afición...

PANERO.—Quisiera realizarlo por fin en el Hospital de Día, al que me han trasladado hoy, o donde fuera. Es decir, una pandilla... pero no una pandilla en la que cada cual tiene su rol atribuido, sino una comuna lo que es propiamente una comuna, o sea, una situación entre varias personas que ya han dejado de ser personas, porque están juntas, porque están en situación.

RIVAS.—¿Cuáles fueron los hechos que te condujeron esta última vez al Alonso Vega? ¿Son ciertos los rumores que corren sobre la intervención de un soldado?

PANERO.—Se me intentó cargar... pero ¿esto para qué revista es? Ja, ja, ja... Bueno, pues se me intentó cargar un sol-

... dado... entonces fui a la Policía, lo denuncié, dijeron que estaba loco y me llevaron al sanatorio. Hubiera necesitado un testigo para que se me hubiera podido cargar el sujeto en cuestión, ja, ja, ja... para hacerlo verosímil, ¿no? Me imagino al testigo en pose de escándalo mientras el sujeto me clava el puñal, ja, ja, ja... un rictus de escándalo mientras grita ¡qué horror! ja, ja, ja...

RIVAS.—Pero volviendo al hospital, te he notado como un tanto fascinado por él, ¿no es así?

PANERO.—No por el hospital, sino por otro espacio social, que eso es la clínica o al menos eso pretende ser. Un espacio social nuevo que es el único terreno donde puede haber revolución.

RIVAS.—¿Significa esto que aceptas con buen ánimo la terapia y esas cosas?

PANERO.—Hombre, si no es así, hubieran sido un hundimiento sin testigos.

RIVAS.—Explicame un poco más.

PANERO.—Un hundimiento sin testigos, es decir, sin seres que hablen de ello es un hundimiento que no existe. Podía haber muerto sin morirme... porque no había testigos, como te decía antes.

RIVAS.—Cambiamo un poco de tema. ¿Ha dado mucho que hablar tu nueva antología de novísimos, publicada recientemente en la revista «Poesía»?

PANERO.—Ja, ja, ja... ¿y qué dicen?, ¿y qué dicen?

RIVAS.—Ahora se trata de lo que tú digas.

PANERO.—(No dice nada).

RIVAS.—¿Por qué el título de «Última poesía en español»?

PANERO.—Porque tengo un particular odio racial contra España... Lo único que siento es que no me dejen llevar a cabo la solución definitiva para el problema ario... liquidar por completo no ya al Gobierno español, sino a España. Como decía Churchill, cada país tiene el Gobierno que se merece... pero no sé... de la antología me gustaba sobre todo la letra popular

sobre Lorca: Al Cerro del Aceituno / se lo llevaban a enterrar / sólo gitanos delante / sólo gitanos detrás... ja, ja, ja... como aquel psicoanalista que me preguntó si había visto «El asesinato de Trotsky», como si de una película se tratase... no sé, yo pienso que la muerte es algo más importante, ¿no?, y una muerte de la que no se habla, una situación tan lamentable como la que he vivido y contra la que ningún escritor, ningún intelectual, ningún joven progresista se atreve a escribir, como Zola ante el caso Dreyfus, una denuncia en algún periódico, pues realmente me parece un poco siniestro...

(Un camarero maquillado de chino trae un plato).

PANERO.—Esto es para ti, ¿no? (mira al camarero). Pero éste no es un restaurante chino, es chino, ¿no?

RIVAS.—¿En serio que tú no vas a comer nada?

PANERO.—No, huelga de hambre... huelga de hambre contra Zola...

RIVAS.—Pero debías...

PANERO.—¿Qué habrá sido de Zola?

Por eso los últimos versos de la letrilla: Soleá con la soleá / escarcha en aquella aurora / moja sus huesos llorando / Soleá, Soleá Montoya... Un romance anónimo sobre la muerte de un escritor que por lo visto nadie conocía, ya que nadie fue capaz de protestar por una situación no ya delirante, sino trágica.

RIVAS.—¿Tan extrema era?

PANERO.—Hombre, el país se estaba cebando en mí.

RIVAS.—Pero no puedes afirmar eso si no aportas pruebas, datos concretos.

PANERO.—La mejor prueba es que cuando hablo de ello con el acento de haberlo vivido... hombre, algo había de holocausto mental. Era un poco como la ruleta rusa, un vicio. El otro día precisamente vi «El cazador». A mí la ruleta rusa había llegado a drogarme más que la heroína... la posibilidad de jugar con la muerte, de jugarme el tipo, me fascinaba.

RIVAS.—¿Hasta cuándo?

PANERO.—Pues hasta que perdí el valor, hasta hace poco. Lo que alguna gente consideraba manía persecutoria en mí era un vicio, era buscar la muerte a costa de UCD o de... era un pretexto político. Volvemos otra vez al problema de la situación, es decir, no hay locura, sino enloquecimiento, ¿comprendes? Con esta pérdida de situación que supone la ruptura del espejo resulta que la locura y la enfermedad caen del cielo, como si no existiera la producción social de la enfermedad... Nadie muere solo, nadie se suicida solo, nadie se vuelve loco solo.

RIVAS.—¿Qué esperas del Hospital de Día?

PANERO.—Nada, descansar... Pero en fin, de lo que se trata o habría que tratar, en un seminario o donde fuera, es de crear un nuevo espacio para las relaciones, una nueva lógica intersubjetiva... Yo sé lo que dirá la gente, que es un hundimiento, un crack, a la mínima desnudez, pero no estoy de acuerdo... En definitiva, es el paso que va más allá de Artaud, que institucionaliza a Artaud... Porque no existe un aparato psíquico, sólo un sucesor psíquico. No hay leyes psicológicas; la psicología es un mero acontecimiento perpetuo. Oto Rank, hablando del psicoanálisis, decía que el neurótico no es sino un nuevo tipo de óptico, es decir, no creía en los madelman, ni en los gepperman. Sostenía que el neurópata es un nuevo tipo de hombre y que el psicoanálisis usual sólo sirve para mantener el modelo humano existente. El neurótico es un creador, pero un creador de vida, no es arte ya, sino arte realizado. Se hace de arte o filosofía realizada que diría Marx. Así el libro es uno mismo.

RIVAS.—¿Pero esto, por lo que parece, no te lleva a dejar de escribir?

PANERO.—Lo que intento ahora es vivir de nuevo. Los últimos poemas que he hecho son poemas para ser leídos, para lo cual ando buscando ávidamente una tertulia.

RIVAS.—Siempre el grupo que te ampara...

PANERO.—Hombre, la soledad o la persona, que es lo mismo, es una carencia de perspectiva.

RIVAS.—¿No estás entonces de acuerdo con Goethe, cuando dice: «La soledad es muy bella siempre y cuando se esté en paz consigo mismo y se tenga una tarea concreta que realizar»?

PANERO.—Ya la palabra tarea nos sume en el otro. El lenguaje es siempre y cuanto menos lenguaje para dos. No creo que exista la soledad, es imposible. Existe el aislamiento, eso sí.

RIVAS.—Sea como fuere, no lo soportas demasiado bien.

PANERO.—No lo soporto nada bien. El aislamiento es una violencia, salvo los casos de aislamiento meditativo, y en tanto que violencia no tengo por qué soportarla... Lo que introduce Andreas Baader, en la política es precisamente eso, reconocer que en las nuevas democracias la manera que hay que hundir a un elemento descontrolado o peligroso es una manera no directa, según el estilo franquista, por ejemplo, sino una manera oblicua, disimulada. Es un suicidamiento, como fueron los casos de Van Gogh y Artaud, que no tiene ya nada de romántico, un suicidamiento político.

RIVAS.—¿Qué puedes decir de los libros que salen ahora?

PANERO.—¿Qué libros?

RIVAS.—Hombre, tus dos nuevos libros de poesía que están a punto de salir.

PANERO.—¡Ah! Pues un encanto. ¿no? Sobre todo hubiera querido que salieran tres libros a la vez, esos dos y el tercero, que estoy haciendo ahora y que se llama «Ex-Comunicado». ¿Te parece buen título?

RIVAS.—Pues no sé qué decirte. ¿Con guión o sin guión?

PANERO.—«Ex-Comunicación», también estaría bien... en el doble sentido... De todas formas, por ahora se llama «Last river together».

RIVAS.—¿El último río juntos?

PANERO.—La última orilla juntos.

RIVAS.—¿Un libro de poemas?

PANERO.—Sí, un libro de poemas.

RIVAS.—¿Junto a quién?

PANERO.—Junto a una chica. Al principio había pensado titularlo «Lo que queda del Conde Robert de Montequiou», que era un tipo amigo de Proust, que daba recitales y al terminar lanzaba una carajada satánica y daba un taconazo en el suelo.

RIVAS.—¿Hay siempre muchos muertos en tus últimos poemas?

PANERO.—Como en John Donne v. porque, como decía un proverbial, alegría y juventud no es traición y la maldad nace de Dios.

“NO SOMOS PERSONAS”





Escribe DIAZ-PLAJA
(de la Real Academia Española)

“O GRIEGOS O GITANOS”

«Griegos o gitanos»... Con esta radical disyuntiva he designado alguna vez la alternativa en que se ha movido la historia de nuestra cultura. Añadiré que, aunque su esquematismo la pone en riesgo de falsedad, la realidad compleja de nuestro proceso intelectual nos coloca en trance de descubrir frente a los «corpos puros» designados por los dos conceptos, innumerables formas de interrelación y síntesis cultural.

Este otro y el mismo Umbral:

“DIARIO DE UN ESCRITOR BURGUES”

FRANCISCO UMBRAL nos da, a poca distancia de otro y de otros, un nuevo libro: «Diario de un escritor burgués» (Destino). En algunas de sus páginas, que como en otras varias habla de su quehacer, sale al paso de quienes suelen decir «este chico no va a dejar obra», que es lo que suele decirse de todos los escritores que firman mucho en los periódicos, olvidándose de que lo hicieron en ellos Larra, Azorín, Ortega y D'Ors, entre otros, y parece que dejaron con ello y fuera de ello una obra que ahí está. Porque lo que Umbral añade es que despacha más de un artículo cada día y tiene publicados un montón de libros. Su obra, piensa, será buena o mala, pero en cuanto a dejarla está claro que la deja.

HUBO un tiempo en que se habló mucho de sus novelas y de en qué grado eran tales o novelados poemas memoriales en prosa y siempre pensando si ponía más gas en sus artículos y crónicas autobiográficas que en ellas. Y entonces empezó el delirio por el Umbral periodista, memorialista, que intrigó a sociólogos y maestros de la cosa, como diría él, lingüística. Uno de los más grandes de estos últimos, Fernando Lázaro Carreter, dijo en una muy precisa y orientadora presentación de «La noche (en) que llegué al café Gijón», que Umbral, estando tan cerca, había renunciado a la novela por este memorialismo del libro o el artículo cotidiano. Como ensayista también ha tenido panegiristas, aunque casi siempre escapándose a complementarle o preferirle como autor de artículos. Otros le han visto poeta, aunque sus leves intentos versificadores no le hayan salido muy bien y crea, como dice en este diario, que casi todo debiera escribirse en verso, porque el verso consigue aciertos expresivos más difíciles o quizá imposibles en la prosa, aunque renunciando a él —aquí sí hay efectiva renuncia, una golondrina no hace verano—, prefiere la prosa por la sencilla razón, digo yo, de que se le da de la más original traza. Ese crítico de muy aguda lectura que es Manuel Cerezales, comentando este libro cuyo contenido ha descrito con finas exactitudes, viene a decir que Umbral, en éste y en otros libros, presta alojamiento al poeta que hay en él para evadirse del compromiso laboral del artículo que construye con técnica y un lenguaje especial para sus lectores de diario, a quienes configura para que le sigan o en parte es conformado por ellos para seguir gustándose. Otra presunta y a todas luces improbable renuncia, pues.

A lo mejor va a resultar que toda la obra de Umbral —periodista, poeta, novelista, crítico literario— va a estar hecha de renunciaciones a cosas que no ha renunciado ni parece que vaya a hacerlo nunca. Claro está que la pureza de los géneros, si es que existe, y la absoluta profesionalidad literaria, como la tuvo Larra desde el artículo a las traducciones de malas comedias, no parecen conciliables para muchos críticos en eso que se llama dejar obra, pese a que les contradicen los ejemplos que antes decía. Frente a esto está ese no profesionalismo de los poetas del 27 que eran profesores o de otro oficio que les sostenía. Cernuda, por ejemplo, era muy celoso de la no profesionalidad. El francés Duhamel, algo antes que ellos —era médico—, defendió la necesidad de otro oficio —primero o segundo, o tal vez ser rico por casa— para ser poeta, novelista, etc. Claro que, en ciertas condiciones, ser novelista o dramaturgo con éxito resuelve más o menos la cuestión. Y tal vez, como segundo o primero, el periodismo. Lo que ha organizado el lío es esto del escritor como tal, en y fuera del periódico a plena dedicación.

«Diario de un escritor burgués» tiene —y en esto, toda la razón para Cerezales— voluntad de poesía como lo tuvo, y fue, «Mortal y rosa», aquella elegía con toda la ternura de Lope y los primores azorinianos y mironianos de lo vulgar. Este diario es un poemario que se escribe sobre meditaciones de una propuesta,

«Occeneografía del tedio», que diría Eugenio d'Ors en aquel libro que a Umbral, a Lázaro Carreter, a mí y a otros muchos nos gustara tanto. En busca cada jornada como si tramitara la entrega periodística cada día de lo desconocido, la dignidad de lo desconocido a través de lo cotidiano, como reza la cita de Novalis en el frontispicio. Narrando todo lo que ha ocurrido, le ha ocurrido, o algo de ello en el día dentro de la intimidad, en la que púdica y delicadamente aparece nombrada solamente con la inicial su mujer. Por la fijación del tiempo que se va a perder en el viaje, la amistad, el proyecto, las ocurrencias en la soledad, el paisaje y ciertas recurrencias críticas en torno a su personal manera de entender y ser entendidos por los demás los productos de su único oficio, que es el de escribir. (Se trata del diario de un escritor como tal.) Desfilan, como en el diario cotidiano de sus artículos de «El País», muchas cosas conocidas. Y no puede faltar los datos inmediatos de la conciencia periodística, la crónica política y social en la que vive, y de alguna manera refleja de todo el año 1977 en que el libro se escribe. El poeta, el memorialista, el narrador, el cronista, se concitan. Levedad, suavidad, con el toque de esa musa de Septentrión o melancolía. Ni aun en los temas del sexo y casi la escatología, de la política o del merodeo salomónico, hay —vuelve a tener razón Cerezales, cuyo artículo no tengo delante—, o muy poco, de las crispaciones, las carátulas de lenguaje o intención, las osadías caricaturales de su obra periodística. Es de lo mismo y no es lo mismo. Poesía y notas que pudieran servir de punto de partida para una de esas novelas, que ya van saliendo, de una era que se llamará, tal vez, de «la transición».



RENACEN estos pensamientos míos al hilo del libro que, bajo el título de «Memoria del Flamenco» ha publicado Félix Grande en un doble volumen de Selecciones Austral. ¿Me permitirá mi querido amigo que lamente su olvido de que por lo menos en tres libros míos, «España en sus espejos», «Tratado de las melancolías españolas» y «Estructura y sentido del Novecentismo Español» he abordado el tema, desde mi vertiente de profano? El hecho de que la obra que comento lleve una suculenta bibliografía me da el derecho mínimo de expresar mi deseo de que algunos de mis juicios hubieran podido ser tenidos en cuenta. Por lo que —lo menos en parte— los acudiré como clave de unas modestas apostillas marginales, bien consciente de que —después de leer con reverencia a los clásicos del tema, desde Ricardo Molina hasta mi amigo Fernando Quiñones— me muevo dentro de lo que los sutiles filósofos medievales denominaban una «docta ignorancia». El libro de Félix Grande, como corresponde a su múltiple capacidad, está escrito en varios tonos —desde el saber erudito al comentario irónico— y alcanza una gran complejidad temática —desde la India a la gitanería— y cronológicas especialmente a partir del siglo XVIII. Pero si hubiera que buscar un denominativo común habría que reducirlo a eso que llamaba Eugenio d'Ors el «exotero», es decir, lo que florece al margen del tronco greco-latino y cristiano que asume (sin duda abusivamente) el título de «civilización occidental».

España, como ya descubrieron los románticos franceses, está en esta frontera. Y en una famosa conferencia pronunciada precisamente en Granada, «La resurrección de Juliano el Apóstata», el propio d'Ors advertía a los andaluces del riesgo que esta situación suponía. Por su parte, Ortega y Gasset había detectado el tema, al que había de dedicar una meditación magistral bajo el título de «Teoría de Andalucía». Me ha interesado mucho, en el libro de Félix Grande, la referencia histórica de estos temas y la importancia que asume esta valoración de lo andaluz hacia «los años veinte». Irrumpe, en efecto, el tema —desde un folklore analfabeto— en el campo de la cultura, en un momento en que la generación del Noventa y Ocho ha impuesto la moda y el menosprecio —en Unamuno, Azorín, Baroja, Valle Inclán— por el mundo meridional. Para ser un buen noventayochista, el sevillano Antonio Machado se enamoró de la cumbre universal de Castilla, y Juan de Mairena confesó su «poca afición a las corridas de toros». ¿Cuándo surge lo andaluz en sus formas expresivas de «lo flamenco» y «lo gitano»? Félix Grande ha valorado con justeza y amplia documentación el fenómeno: el proceso aparece exactamente en 1922 en la ciudad de Granada, por iniciativa de Manuel de Falla, quien dio a su «curso de cante jondo» una dimensión intelectual inusitada, ya que la solicitud al Ayuntamiento la firmaban, además, Juan Ramón Jiménez, Adolfo Salazar, Ramón Pérez de Ayala, Enrique Díez Canedo, Fernando de los Ríos y un muchacho llamado Federico García Lorca, que con sus compañeros de generación, Fernando Villalón, Rafael Alberti y Gerardo Diego, iba a imponer el tema taurino —estudiado por José M. de Cossío y glosado por José Bergamín. Esta fue la gran

novedad (ya detectada por mí) en la geopolítica cultural de los «años veinte» y su estudio (vol. II, págs. 425-516) es uno de los muchos méritos que contiene este singular libro de Félix Grande. Estudiarlo en su derramada diversidad y en su ya mencionada pluralidad total no es posible para quien le faltan tantos saberes específicos, ni de todos modos cabría en los límites de este trabajo. Pero voy a señalar un aspecto del libro que me gustaría apostillar: es el que se refiere a la expresión del flamenco a partir del siglo XIX por la geografía de los «Cafés-cantantes» españoles, una de cuyas «provincias» era (sin duda por la razón patética de la emigración) Cataluña. A mí me parece que Félix Grande ironiza acerca de la afición de los «entendidos catalanes», que desde Fernando el de Triana (que él cita) hasta Vicente Escudero (que todavía vive en Barcelona) hallaron en la Ciudad Condal un inspirado y fervoroso escenario. El mismo que sirve a Alfredo Mañas para centrar las escenas culminantes de su tragedia gitana «Los Tarantos». ¿Por qué razones profundas (y en apariencia increíbles) Rusiñol se interesa por Granada; los catalanes Pedrell, Albéniz o Granados por la música andaluza; Manuel de Falla por «L'Atlántida» en catalán de Juli Vallmitjana, por el Cadaqués que corona el catalanísimo Ampurdán? Pero estos son los hechos. Añadiremos más, el mundo de la gitanería bulle en la obra del pintor Nonell y en los sainetes en catalán de Jui Vallmitjana. Los «tablaos» barceloneses donde triunfa Carmen Amaya (que tiene una estatua en Barcelona) adquirieron —contra lo que parece creer Félix Grande— respetabilidad crítica, y la afición hacia lo gitano llevó al mecenas de Alberto Puig, y al buen conocer del crítico Sebastián Gasch y de los coreógrafos Juan Magriñá y Alfonso Puig. Yo acompañé en unas noches inolvidables a Federico García Lorca a recorrer los «tablaos» del «barrio chino» barcelonés, y puedo certificar su entusiasmo cuando me decía que había oído a un «cantor» suspender de pronto el rasgueo de su guitarra para musitar, sílaba a sílaba, «Vi-va Ca-ta-lu-ña». Desde editoriales barcelonesas, Antonio Burgos lanzó sus libros reivindicatorios de «La Andalucía del llanto». Y un catalán, Carlos Clavería, se revela en el campo lingüístico como el primer gitanólogo español. Eugenio d'Ors, pese a las ironías de Félix Grande, ha escrito páginas magistrales sobre el alma andaluza y yo mismo he hecho muchas veces —bien o mal— de lo andaluz tema de mis poemas y de mis meditaciones. Y terminaré recordando que un gitano catalán, Peret, pasea su gracia por el mundo, y otro, Juan de Dios Ramírez Heredia, ha sido el primero en llevar al Parlamento una aplaudidísima legislación sobre la injusta discriminación que su raza padece. O griegos o gitanos, decía al iniciar este texto. La gitanería —diganlo Provenza, Yugoslavia, Hungría, la URSS— no es una porción de lo andaluz, sino algo más amplio y más complejo. Y, como vemos, Cataluña, tan fiel a su tradición clásica mediterránea, guarda en su corazón un rincón trémulo para esa provincia heterodoxa de lo flamenco, de lo gitano, de lo taurino, (diganlo Joaquín Bernadó y Mario Cabré) que con tan amplio conocimiento ha estudiado Félix Grande en su excelente libro.

Escribe Vicente RAMOS

LA PALABRA EXACTA DE GABRIEL MIRO

SABIDO es el valor fundamental que la palabra en sí tiene para Gabriel Miró. Su tesis «la palabra es la misma idea hecha carne» es la idea viva transparentándose gozosa, palpante, porque ha sido poseída», la repite en muchas ocasiones. Mas, conviene advertir que esta «encarnación» de idea y palabra —«inseparables en fondo y expresión, como en la música»— incluye, junto al elemento conceptual, el sentimental y el sensitivo, por lo que afirma Ricardo Baeza que la palabra, en el gran escritor alicantino, nos revela «la vida lo mismo de las cosas en soledad que de las muchedumbres en tumulto». Así, llegamos a la conclusión de que es la cosa, en su esencial totalidad, el ser en su misterio, lo que se nos entrega en el vaso de la palabra sin posible distinción entre continente y contenido. La palabra, ofreciendo el ser, se lo incorpora, se lo transfiere, haciéndose en él sustancia única, nueva entidad, que, mediante la comunicación, es recibida por el lector, a quien «le parece —enseña Miró— que llega a la suprema bienaventuranza de crear al lado del autor».

CON la palabra, «la más preciosa realidad humana», podemos alcanzar las más encendidas excelencias; ella nos transporta al origen del mundo: «Vieja es la palabra que, en verdad o en símbolo, principia en la lengua de Dios, y, por la gracia de su pronunciación, surge la realidad del mundo. En la boca del primer hombre que consigue flexionar el alarido en palabra articulada, tiene, desde entonces, complacencias la vida. Desde entonces y para siempre, la vieja palabra será una renovada creación; como si cada día y cada hombre la modelase de la nada del silencio o de la inercia de los diccionarios. Siempre el idioma recién roturado, con valor renacido y único en la sangre de cada artista puro. Nada tan virgen como lo eterno».

Pero esta palabra, misterioso «don divino», no es tan sólo «un instrumento de sonoridades y sensualidades henchidas de fragancia jugosa y dulce» —así escribió en carta a Juan Chabás—, sino principalmente un todo de realidad perfecta, en el que lo subjetivo y lo objetivo se confunden en síntesis suprema. Esta es la palabra que sostiene y nutre el estilo mironiano, y «no entenderá a derechas este estilo —avisó el citado Ricardo Baeza— quien no lo vea simplemente como la expresión directa de la personalidad, de un modo peculiar de ser y sentir, y de ahí su carácter casi único, inimitable e intraducible».

La más anhelada ambición de Miró, la ansiedad que orientó su vida no fue sino la de adivinar la palabra exacta, «la palabra creada para cada hervor de conceptos y emociones, la palabra que no lo dice todo, sino que lo contiene todo».

Esta es justamente la palabra que hay que considerar no tan sólo como «elemento para la belleza de mejor idioma», sino básicamente la nacida perfecta, «como la luz del mandato divino, pero con dolor estético, antes de que prorrumpa el fiat; y esta palabra es la que queda encima de los centenarios, en tanto que el poeta duerme bajo la losa enorme de la gloria».

Muy certeramente afirma Jarnés que, para el autor de «Años y Lenguas», la palabra fue «su más encarnizada enemiga y su más fiel amante». Y, por eso, afirmó también el alicantino: «Cada día siento que es el primero de mi vida de escritor. Cada cuartilla me parece la primera que escribo. Crean algunos que trabajo dentro de un amable huerto, rodeado de frutales, metido en un cenador... Y, ya ve usted, no escribo en un huerto, sino en un potro».

Junto al elemento lógico —«carne» con la idea—, otro de los elementos constitutivos de la palabra es el emocional. Miró señala cómo sigue su trascendencia: «Hay emociones que no lo son del todo hasta que no reciben la fuerza lírica de la palabra plena y exacta. Una llanura de la que sólo se levanta un árbol, no la sentí mía hasta que no me dije: «Tierra caliente y árbol fresco». Cantaba un pájaro en una siesta lisa, inmóvil, y el cántico la penetró, la poseyó toda, cuando alguien dijo: «Claridad». Y fue como si el ave se transformase en un cristal luminoso que revibraba hasta en la lejanía».

Las calidades ónticas se ponen de relieve en el siguiente texto: «La palabra, esa palabra, como la música, resucita las realidades, las valora, exalta y acendra, subiendo a una pureza precisamente ine-

fable, lo que, por no sentirse ni decirse en su matiz, en su exactitud, dormía dentro de las exactitudes polvorientas y del mismo vocablo y concepto de todos».

Analizando la frase, encontramos: a) que la palabra «resucita realidades»; b), que «las valora, exalta y acendra», y c), que su pureza «dormía dentro de las exactitudes polvorientas y del mismo vocablo y concepto de todos».

Si nos atenemos a la primera virtud, la palabra, en Miró, como, más tarde, en Heidegger, desvela esencias constreñidas por y debajo de estratos fenoménicos («exactitudes polvorientas»). El ser, pues, del ente aparece fundado, nombrado e iluminado en y por la nominación poética. Bajo la segunda contemplación, la palabra es el más bello y adecuado cauce para conseguir la cumplida y cabal valoración lírico-metafísica de lo real.

Por la tercera, pónese de manifiesto el aspecto mostrenco, coloquial, que nos oculta tanto la esencia de los entes como el alcance metafísico del vocablo.

En efecto; nos dijo Gabriel Miró, que el lenguaje posee «la máxima profundidad», y que, concretamente, el referido

a su tierra nativa corresponde en todo «a su vida y a su paisaje», de tal manera que «los lugareños quieren hablar con los forasteros en castellano, traducido rígidamente, para no desjugar y desvalorizar su lenguaje».

Detengámonos en los dos infinitivos: desjugar y desvalorizar. Son sinónimos de desvitalizar y desrealizar, es decir, hacer intrascendente la palabra. Es cabalmente lo opuesto a la absoluta onticidad y vuelo lírico que hemos descubierto en el seno del lenguaje. Y añade el gran prosista que su tesis no será, acaso, muy científica «pero ese placer no es sólo acústico, sino que se esparce a muy nobles sentidos, penetrando en la conciencia del lenguaje».

En el mismo texto que estamos glosando, su autor se pregunta: «¿Es la delicia de la palabra por ella misma?». Y para no caer en juicio exageradamente esteticista, se apresura a responder: «Pero es que la palabra no sería deliciosa si no significase una calidad. Y estos nombres rurales en boca de sus gentes dejan un sabor de fruta, que emite la de todo el árbol con sus raíces y su pella de tierra, y el aire y el sol y el agua que lo tocan y calan...».

O sea: estos nombres, al ser pronunciados, abstraen, por ese hecho, la real y fragante esencialidad de la tierra, ya que la lengua está en ellos «como su sangre, y, en los campos del contorno, como su geología».

Y fue tanto el amor de Miró al verbo, que llegó al extremo óntico de su plena objetivación. Una vez nacida, la palabra poética adquiere entidad sustantiva de cosa y aún de cosa animada. En un pasaje de *Las cerezas del cementerio*, leemos que Félix «volvió a su corazón el suave recuerdo de la despedida... ¡Y yo qué poco te he visto! Y vio estas palabras hechas de rasgos de luz en toda la tarde: sobre el cielo, sobre los montes, dentro de la arboleda, conmoviéndole de contento y gratitud».

A consecuencia de tal objetividad, el vocablo nos abre los más amplios y diáfanos horizontes del mundo circundante. Así, cuando, ante la insólita belleza del peñón de Ifach, Miró se sumerge en su propio pasado y dice: «Tenía conciencia de mi emoción (...), la felicidad se guardaba en la delicia de mis ojos y de alguna palabra derretida en mi paladar y en mi lengua; quizá por la palabra se me diese la plenitud de la contemplación».

Todo hombre es su palabra, y ésta, repetimos, la más «preciosa realidad humana», pues «el acto vital —comenta Jorge Guillén— accede a su última etapa y se consuma en el mismo trance de su metamorfosis verbal».



● PREMIO HELIODORO: DIEZ MILLONES

EL próximo 30 de octubre, en el salón de actos del Club Urbs, se despedirá la incógnita del ganador del más cuantioso premio literario que haya visto la luz en nuestro país. Diez millones en liza con nueve finalistas: «El laberinto de los impios», de M. Villar Raso; «A la distancia de un grito», de Ramón Hernández; «Antonio el exiliado», de Rubén Antonio Sosa; «El último de los conquistadores», de Antonio Zoido; «Como un dolor», de Vicente Soto; «El archipiélago», de Adelaida García Morales; «El tapiz de la creación», de Cristina Peri Rossi; «Constitución sobre la tierra», de Claudio Bastida; y «Concerto grosso», de J. Ramón Zaragoza Rubira. A su extraña convocatoria, patrocinada por un mecenas desconocido, el premio une una también desastrosada manera de fallar: quince jurados, residentes en otras tantas provincias españolas, y desconocidas entre sí, designarán la novela ganadora por un sistema de puntuación. Otros premios



deberían aprender del Heliodoro: en importe y en el fallo.

● EXPOSICION DOCUMENTAL SOBRE EINSTEIN

UNA exposición documental y un ciclo de tres conferencias sobre Albert Einstein se ofrecerán en la sede de la Fundación Juan March, a partir del próximo día 30 de octubre. La exposición, cuyo material proviene de diversos archivos y bibliotecas alemanas y de otros países, entre ellos los de la

Sociedad Max Planck y los del Museo Alemán de Munich, permanecerá abierta hasta el 22 de noviembre. Las conferencias serán pronunciadas por los profesores Manuel García Doncel, Thomas F. Glick y Antonio Ferraz Fayos, quienes abordarán diversas cuestiones sobre la teoría de la relatividad y su repercusión en nuestro país.

● ACTIVIDADES CULTURALES DEL INSTITUTO ALEMÁN

EL programa de actividades culturales del Instituto Alemán se inicia con una serie de exposiciones, conferencias, cursos de idiomas y películas. Acompañando la exposición de libros y revistas alemanas, que se presentará en el Centro Cultural de la Villa de Madrid, el Instituto organiza una serie de actos paralelos, entre el 25 de octubre y el 9 de noviembre. Tres exposiciones abren los actos: una, «Scriptura», con obras de calígrafos y tipógrafos; otra, «Gutenberg», se dedica a la historia del libro y del arte de la imprenta; la

tercera consistirá en una colección de dibujos de K. Bonnighausen sobre la obra del filósofo Ernst Bloch «El principio esperanza». Una mesa redonda (29 de octubre) sobre «La República Federal Alemana reflejada en su literatura» y tres conferencias —«El viaje de Rilke a España en una nueva relación» (Jaime Ferrero Alemparte), «Los impresores alemanes en España en el siglo XVI» (D. Briesemeister) y «Arte y filosofía» (H. Kimmerle)— completarán este grupo de actos. Por último, el Instituto ofrecerá un ciclo de tres películas: «El príncipe de Hamburgo», dirigida por Peter Stein; «Nathan el sabio», de F. P. Wirth; y «Desorden y temprano sufrimiento», de F. Seitz.

● FALLO DE UN CERTAMEN DE CUENTOS EN EL INI

LA Vocafía de Cultura y Arte del Grupo de Empresa del Instituto Nacional de Industria convocó entre su numerosa grey un certamen de cuentos dividido en dos secto-

res: uno para niños y otro para mayores, con tres premios en cada uno, dotados en el primero con 12.000, 8.000 y 5.000 pesetas, y el segundo, con 35.000, 25.000 y 15.000 pesetas. Constituirá el jurado Luis María Anson, como presidente, y como vocales: Francisco García Pavón, Carlos Muñiz, Dámaso Santos y Manuel Alcántara, y como secretario, sin voz ni voto, Juan Peña Garrido. Resultaron premiados en el de infantiles — primero, segundo y tercero — Santiago Campos, con «Detrás de la acera»; Adelaida Oria de Rueda, con «El niño de los zapatos de charol»; y Alejandro Redondo de Pineda, con «Chicho y la isla de la Fortuna». En el de mayores, por este orden: Antonio Cortijo Florentino, con «Recomposición»; José María Pinilla Martín de Loeches con «Mi juguete humano»; y María del Carmen López Sánchez, con «Nueve cartas de Daniels». Sorprendió a los miembros del jurado la originalidad y buen estilo de un extenso grupo de los trabajos presentados que hizo muy matizada la deliberación. El presidente propuso al Grupo de Empresa elevar al sucesivo las dotaciones de los premios. Un verdadero éxito en el campo no profesional.

● MUSICA ESPAÑOLA DEL SIGLO XX, EN LA FUNDACION MARCH

CON el patrocinio de la Dirección General de Música, la Fundación March ofrecerá durante el presente otoño un nuevo ciclo de música española del siglo XX, a lo largo de cuatro sesiones, en las que a partir de noviembre intervendrán el pianista Pedro Espinosa, el Grupo KOAN, que dirige José Ramón Encinar; el Trío de Barcelona y, finalmente, clausurando la serie, la Agrupación Coral de Cámara de Pamplona. Este cuarto ciclo, unido a los tres anteriores, que han venido celebrándose a lo largo del año, culmina una importante muestra de la música española contemporánea, que ha supuesto un esfuerzo de la Dirección General de Música y de la Fundación March para contribuir a la divulgación de las obras de los compositores contemporáneos y un impulso a los intérpretes especializados en la música del tiempo actual.

Escribe ILDEFONSO-MANUEL GIL

LA CRISIS LITERARIA

La literatura está en crisis en cualquier país y en cualquier lengua. Todos los modos de vida modernos suponen un ámbito en el que la creación literaria está condenada a la rareza, a la degradación o a la extinción. En el orden cultural, la masificación no ha supuesto, como en lo económico, aunque sea todavía en insuficientes proporciones, una mejoría del nivel de vida para los más, sino un deterioro de la cultura media. Y, aunque nos duela, forzoso es señalar que esa cultura media es obviamente una rebaja de la cultura en sí misma, como diría Pero Grullo. En lo que a nuestro país se refiere, lo medio es culturalmente mediano y mediocre. Si nuestro patriotismo no se conformara con retóricas huecas y sones de chin-chin-chin, deberíamos asustarnos con sólo pensar que esa degradación general lo será de una de las culturas menos elevadas dentro de la media cultural de los países occidentales.

Las tiradas de los libros españoles —exceptuados los de texto— son inferiores a las usuales en otros países, incluso en algunos de los desdichados por nuestra tónica soberbia. Esto afecta desde las obras literarias hasta los libros técnicos y científicos. Por añadidura, la asistencia de lectores a las bibliotecas públicas es en España menor que en esos países con los que es inevitable compararnos, amén de que el número de tales centros de lectura es proporcionalmente superior al nuestro, así como es superior la atención que sus municipios les conceden. (Conozco el caso de una vieja ciudad aragonesa que ha tenido cerrada su única biblioteca durante largo tiempo, sin motivos evidentes; bastó el cambio de alcalde y concejales para que de nuevo se abriera al público.) Según estadísticas que tenemos a la vista, la mitad exacta de los franceses mayores de veinte años leen libros «con regularidad», y el 94 por 100, «alguna vez». Es decir, sólo un 6 por 100 de los lectores franceses potenciales no lee libros. El 68 por 100 de los habitantes adultos de la República Federal Alemana compran libros anualmente, y el 76

por 100 consideran que el libro es un instrumento formativo de gran importancia. Conjugados ambos datos, no es arriesgado pensar que el número de los que leen libros en la Alemania occidental con cierta frecuencia —los que los compran, los que leen de préstamo privadamente y los que los leen en bibliotecas públicas— estará en la vecindad de ese 94 por 100 francés, porcentaje que alcanzan Gran Bretaña y los países nórdicos, Bélgica, Holanda y Suiza, pensando sólo en la Europa occidental. Entre nosotros, el número es muy inferior. Tales porcentajes se refieren a la lectura de cualquier tipo de libros —recordemos que se excluyen los de texto—; es seguro que si conociéramos los tantos por ciento de lectores de obras literarias —ficción narrativa, poesía, drama, ensayo— la diferencia en menos sería todavía más acusada, así como también lo sería, proporcionalmente, el número de obras infraliterarias que figuran entre las leídas. Hace ya muchos años que Antonio Mingote expresó con su genio humorístico sintetizador la actitud media española con respecto al libro.

Dos señoras definitivamente situadas en «clase pudiente» sostienen este breve, pero largo en sugerencias penosas, diálogo:

—Se acerca el cumpleaños de mi marido y no sé qué regalarle.

—Cómprale algún libro.

—Ya tiene uno.

Los españoles que habitualmente compran libros de literatura son pocos, los que los compran de cuando en cuando, más bien de tarde en tarde, no son muchos más, ni tampoco los que asisten con cierta frecuencia a bibliotecas públicas.

Todo lo cual hace que el escritor español carezca, aún en el mejor de los supuestos, del círculo de lectores con que proporcionalmente cuentan sus colegas alemanes, belgas, daneses, finlandeses, franceses, holandeses, ingleses, noruegos, suecos y suizos.

Eso disminuye, por modo inevitable, las tiradas de sus libros, incluso la elemental posibilidad de encontrarlos un editor.

Escribir es un quehacer heroico o un lujo frecuentemente inútil. Ambas calificaciones implican un alejamiento cada vez mayor entre autor y lector, pérdida de contacto que a su vez se intensifica por el hecho de que éste es menos dinámico que aquél, más apegado al nivel medio del arte literario, más conservador, más rutinario y, por tanto, más reacio a cualquier exploración de nuevos modos de expresión artística.

Después del modernismo, la poesía se fue haciendo cada vez más minoritaria. Una vez que el artista, sea cual sea su medio de expresión y comunicación con el público, se ve forzado a admitir que su contacto con éste se ha roto, es natural y digno que busque la mayor libertad posible para su arte. Puesto que se había visto convertido en «raro», tenía que partir

de la base de su rareza. Los poetas acabaron escribiendo para sus colegas, camino que conduce a escribir para sí mismo y cuyo extremo lógico sería suprimir la escritura. Si durante muchos años esa situación afectó a la poesía, hace ya unos cuantos que viene afectando a la narrativa. Por fortuna, el istmo no se ha ensanchado tanto, dado que los lectores de novela son muchísimos más.

Pero la pérdida de contacto entre novela actual y lector es ya detectable, haciendo posible todo aquel proceso de disociación padecido por la poesía. Cada vez es menor el número de lectores, y como de donde no hay —o hay mucho menos— no se puede quitar —o se puede quitar muy poco— esa disminución es particularmente grave en España.

Los libros que entre nosotros batan las no muy altas marcas de venta son —con excepciones tan honrosas como insólitas— bastante desproporcionados a la calidad mínima esperable en un «best-seller».

Cuando un libro salta a más elevadas cotas de venta, algo huele a podrido en sus páginas. Por de pronto, no es infrecuente que incumplan el requisito inalienable a cualquier narración de ser obra de arte literario ni por su estructura ni por sus pensamientos y sensibilidad. De igual manera que entre nosotros la política no es una actividad racional, sino visceral, la literatura va siendo cada vez menos una actividad artística creadora. Al menos la que es buscada —aun tan relativamente— por el lector español medio.

Hablo del término medio, con lo cual permito a aquellos escritores españoles que se crean genios el seguir creyéndose así. Y bajando varios grados —descenso inaceptable para muchos— también queda margen para que quienes se crean importantes sigan consolándose con su propia creencia.

«OCTAVIO PAZ», edición de A. Roggiano (Espiral)

Desde su doble vertiente de poeta y ensayista, Octavio Paz ha ido adentrándose como una flecha en las simas más oscuras y en los relámpagos luminosos del espíritu de nuestra época. Su verso y su prosa han conquistado una creciente atención, han provocado un contagio de lucidez y de búsqueda de pureza, de lo que constituye buena muestra la antología de trabajos sobre la obra de Paz que ahora comentamos. Sobre el tratamiento de su obra ensayística prima en el volumen el estudio de su poesía. Los críticos son en total 23. Algunos de ellos: Julio Cortázar, J. Emilio Pacheco, Emir Rodríguez Monegal, Alejandra Pizarnik, Severo Sarduy, Juan Goytisolo, Pere Gimferrer, Julián Ríos, Andrés Sánchez Robayna... PARA DEGUSTADORES DE LA OBRA DE O. PAZ.

«LA PRACTICA DEL ZEN», de Taisen Deshimaru (Kairos)

A la breve pero considerable bibliografía existente sobre el zen (un rápido recuerdo nos trae a la memoria un libro de Antolín y Embid, dos obras de Wetering en

la misma editorial Kairos y otra de Merton titulada «El zen y los pájaros del deseo», así como una breve traducción sudamericana, del que tal vez sea el principal maestro vivo Suzuki) se añade este libro, centrado en la práctica del zen y con insistencia primordial en la posición meditativa. El libro, que pertenece a la rama za-zen japonesa de la secta Soto, ha sido escrito por el único representante autorizado del grupo e incorpora dos textos clásicos sagrados de la más remota antigüedad china.

«REVISTA GUADALIMAR» (octubre 79)

Se abre la entrega con un reportaje sobre «performance», movimiento de carácter híbrido entre «happenings», arte corporal y baile, con utilización de medios tecnológicos. Le siguen temas como la ampliación de la Galería Nacional de Washington, la obra de Herberts Zangs, un artículo sobre Matisse escultor, una conversación con Oscar Niemeyer. Al cuadernillo central, dedicado al pintor Grau Santos, le siguen trabajos sobre Pérez Villalta, Georges Braque, Manuel Ruibal y un «collage» informativo de noticias y actos artísticos.

«HORA DE POESÍA», número doble: 4 y 5. Nos llega la última entrega de «Hora de Poesía»,



que edita Javier Lentini, con ausencia de las páginas 17 a la 32, y la repetición de la 33 a la 43 (una nota de la revista se disculpa por los posibles defectos, lo que es de agradecer, pues hay editoriales que suelen enviar a la crítica los ejemplares defectuosos). Y pasemos al doble número. Lo conforma un estudio sobre la literatura de la República Democrática Alemana, del que entresacamos estos barrocos renglones que quizá animen al lector (en favor o en contra): «Un servidor, ogro marxista-leninista (...), confiesa que —aun admitiendo que los disidentes del campo socialista (las motivaciones de cuya disidencia son, según ellos, de tan sublime y pura índole libertaria y humanística) tengan razón en alguna de sus quejas— no puede por menos que asombrarse al comprobar cómo dichos disidentes pierden toda sensibilidad y espíritu de lucha contra los horrores, injusticias y absurdos del mundo al que huyen y en el que se

instalan.» No hay desperdicio. Continúa el número de «Hora de Poesía» con una entrevista sabrosa a Carlos Edmundo de Ory (recuérdese el capítulo de Gimferrer en «Treinta años de Literatura en España»). En la parte de creación, cinco poemas de Jorge Guillén, pertenecientes a su libro en preparación «Final». Un espléndido estudio de Angel Crespo sobre Fernando Pessoa. Y alguna cosa más que redondea el número. Lentini escribe sobre un libro menor de Gerardo Diego, y con el que Lentini no deja de ensañarse. Pero habría que recordar a Lentini que tampoco Guillén está siendo ni la sombra de lo que fue, que todo poeta puede ser increíblemente irregular, y que todavía no se ha escrito sobre Diego lo que este poeta merece. Lo fácil es cargarse de un plumazo lo débil y efímero.

JOSE MARIA RODRIGUEZ MENDEZ: «Bodas que fueron famosas del pingajo y la fandanga» y «Flor de otoño», edición de José Martín Recuerda. Cátedra

No solamente clásicos, sino actuales más significativos y en plena creación figuran en esta colección pedagógica

de Cátedra. Tal es el caso de estas dos piezas teatrales de José María Rodríguez Méndez, «Bodas que fueron famosas del pingajo y la fandanga» y «Flor de otoño», que edita José Martín Recuerda. El editor, famoso autor dramático también, que profesa en Salamanca una cátedra de Teatro, ha estudiado muy a fondo la obra de José María Rodríguez Méndez, sobre la que tiene escrita una tesis doctoral. La introducción se divide en los siguientes capítulos: «Semblanza», «El mundo real del autor», «Constantes de la dramaturgia de Rodríguez Méndez», «El lenguaje de Rodríguez Méndez», «Sobre la dramaturgia de Rodríguez Méndez y la potenciación de signos de la misma», «¿Qué camino seguirá ahora el autor?» y «Síntesis cronológica (vida y obra)». De su humor trágico escribe Martín Recuerda: «Ninguna obra de Rodríguez Méndez está escrita con sequedad dramática. Desde el comienzo salpica las situaciones con un chispeante humor que brota de la situación trágica, a veces de la expresión verbal. Seguimos creyendo con Henri Bergson que el tratado de lo cómico es un problema muy «sutil» que dio mucho que pensar a los grandes filósofos a partir de Aristóteles». Este humor trágico irá madurando a través de la evolución del autor hasta lograr una plenitud que enlaza con el mejor humor de

nuestra tradición dramática. Este humor trágico se da tanto en la expresión verbal como en las imágenes dramáticas; a veces, en las situaciones; otras, en los caracteres, y por último, en la acción sin palabras, de claro sentido jarryniano o chaplinesco.»

RUBEN DARIO: «Páginas escogidas», edición de Ricardo Gullón. Cátedra

Pocos estudiosos tan constantes y profundos del modernismo como Ricardo Gullón. Buen acuerdo el de Cátedra de encargarse la edición de estas «Páginas escogidas», de Rubén Darío. La introducción a ellas es un modelo de concreción y exacta ilustración sobre el autor, el modernismo y los temas —versos y prosa— del poeta bajo los siguientes epígrafes: «Parnasianismo y simbolismo», «Cosas profanas», «Pitagorismo y ocultismo», «Erotismo», «Invención verbal», «Consolación por la poesía», «Símbolos y gritos» y «Cuentos y crónicas». Como es habitual en estas ediciones, sigue una cronología y bibliografía correctas. Los textos elegidos pertenecen a «Azul», «Prosa profana», «Cantos de vida y esperanza», «El canto errante», «Otros poemas», «Cuentos», «Historia de mis libros» y «Artículos y autobiografías».



UNA AUTOBIOGRAFIA POETICA

MISHIMA, AL TRASLUZ

Ya publicada por la editorial argentina Sur hace veinte años, aparece ahora aquí uno de los más bellos libros de la literatura japonesa contemporánea; una turbadora novela autobiográfica que supera con mucho obras de enfoque parecido y tan importantes como *Si el grano no muere*, de Gide; un testimonio abrumadoramente lúcido y lírico sobre la iniciación de un niño, de un joven, a la vida: *Confesiones de una máscara*, de Yukio Mishima (Editorial Planeta).

Se trata de la evocación, exhaustiva en lo esencial, concentrada y sin prejuicios, de los primeros años de la vida de aquél a quien su espectacular suicidio y las manifestaciones públicas que lo precedieron (formación de un ejército privado, exhibición desnudo en fotografías que causaron un escándalo mundial, etc.), su fama literaria desbordante —estuvo nominado para el Nobel— convirtieron en uno de esos escasos escritores que logran romper la clausura de los círculos intelectuales y convertirse en figuras internacionalmente notables. Caracterizada por trascender poéticamente, a fuerza de objetividad iluminada, un material bruto que resultaría ingrato de ser tratado con sentimentalismo o mala conciencia, esta autobiografía se alza sobre el terreno incierto por el que corre la frontera entre lo vivido y la ficción.

La obra va precedida en esta edición española por un prólogo del doctor Vallejo Nájera que, dejando al margen su valor informativo, sirve para demostrar involuntariamente cuáles son los verdaderos poderes de la literatura. En efecto, el caso Mishima es empobrecido, simplificado y deformado por las toscas categorías científicas del doctor español, por sus prejuicios morales, lo que sirve, por contraste, para poner al descubierto la riqueza de la ambigüedad de lo literario puesta en juego por el novelista japonés para referirse a las mismas cuestiones. Allí donde éste deja abierto el campo de lo posible, permitiendo que el misterio emerja a plena luz, Vallejo Nájera reduce lo desconocido a lo conocido, lo complicado y palpante a lo simple y muerto.

ARTE Y ALQUIMIA

CAMINOS DE LA ALQUIMIA

HACE ya más de veinticinco años, respondiendo públicamente a una pregunta epistolar mía sobre la magia, Juan Eduardo Cirlot, tras advertirme de los peligros que ella encierra, me recomendaba no abordar ese dominio inquietante sin una sólida preparación, rechazar el snobismo y la frivolidad a su respecto, considerarla con un máximo de seriedad y de temor. Viene esto a cuento de la ola de charlatanería, de esoterismo para turistas mentalmente pobres, de pseudocripticismo y charlatanería irresponsable —hay ya quien hace misterio hasta del acto de orinar— que ha caído sobre la cabeza de todos los españoles en respuesta a la reciente expectativa ocultista surgida en el ánimo de algunos: se buscan caminos nuevos, pero sólo para hacer excursiones domingueras, en seiscientos desvencijados, lo que suscita la aparición de especuladores de lo esotérico. Arte y alquimia, de J. Van Lennep (Editora Nacional), es un libro sólido y bien fundamentado que, a diferencia de tanto bodrio nacional como por ahí circula, puede satisfacer honradamente la demanda creciente de ensayos sobre temas ocultistas, y abrir perspectivas inéditas a los investigadores del arte, y a los aficionados a las letras del período que cubre.

En la estela de un grupo de autores de primera fila que se interesaron de un modo solvente y equilibrado por el fenómeno alquímico —Gaston Bachelard, Carl Gustav Jun. Mircea Eliade, entre otros—, Jacques van Lennep —agregado de los Museos Reales de Bellas Artes de Bélgica— estudia en el presente libro no sólo el arte alquímico propiamente tal —es decir, las ilustraciones de los tratados sobre esta ciencia enigmática, monedas, etcétera—, sino también la obra de algunos grandes pintores —el Bosco, Bruegel— que, según él, fueron decisivamente influenciados por el mismo, poniendo todo ello en conexión con la doctrina de los cultores de la Gran Obra. Es, pues, un ensayo enriquecedor, cuya lectura facilita una comprensión no lunática del tema que aborda.

Escribe Leopoldo AZANCOT

CANDIDO, HOY



LA IRONIA DE SCIASCIA

FORTUNADAMENTE, Leonardo Sciascia es reconocido ya entre nosotros como una figura de excepción: el más interesante novelista italiano de la posguerra; uno de los escritores más pugnaces e inconformistas a nivel internacional de los últimos tiempos. *Cándido* o *Un sueño siciliano* (Bruguera), sátira al modo voltairiano sobre la vida italiana reciente —de tantas concomitancias con la española—, lo reafirma en su puesto indiscutido de conciencia intelectual vigilante de delador de ridículos.

Este ágil y brillante apólogo, centrado en las peripecias vitales de un personaje paradigmático, Cándido Munafó, que desencadena las más inesperadas catástrofes y concita la animadversión de los más simplemente porque practica la coherencia intelectual, porque se toma en serio las ideas, constituye un acierto cómico de primera magnitud, un panfleto cuyas páginas, al ser ojeadas, nos abofetean interiormente con toda justicia. La evolución de los fascistas y beneficiarios del régimen de Mussolini a la instauración de la democracia, la política de la Democracia Cristiana y las ambigüedades del PC italiano, la crisis de la Iglesia —a nivel de las conciencias— y la respuesta del Vaticano a la misma, el psicoanálisis, los modernos métodos educativos, la corrupción administrativa y muchos otros más —todos explosivos— son las cuestiones con las que Sciascia se enfrenta aquí, desarbolando a carcajadas el barco en que todos viajamos. Libro de lectura fácil y gustosa —lo que ya viene siendo raro—, su comparación con aquel de Voltaire que le sirvió de modelo pone al descubierto que hasta cierto punto el decalaje entre las ideas y los hechos, entre la realidad y lo que pensamos de ella, es más grande hoy que en siglos pasados y que, en consecuencia, vivimos sumidos en un conformismo que nos aboca a la regresión.

RECUADRO LATINOAMERICANO



EL VALOR CIVICO DE PAZ

PIENSO —y ya lo he dicho en estas páginas— que Octavio Paz es más grande como ensayista que como poeta. Y su último libro, *El ogro filantrópico* (Seix Barral), me confirma en dicha idea. Se trata de una compilación de aquellos de sus escritos de orden político aparecidos —salvo alguna excepción— a lo largo del presente decenio, en los que se muestra no sólo como pensador realmente independiente, sino también, como hombre valeroso y lúcido, como un auténtico testigo crítico de nuestro tiempo.

Combate Paz la tendencia a poner la literatura y el arte al servicio de una causa, de un partido, de una iglesia o de un gobierno, porque entiende, por una parte, que todos ellos aspiran más o menos secretamente a sojuzgar al arte y al artista, y por otra, que el escritor traiciona su misión si desdénando lo suyo: mostrar, intenta demostrar. Se inscribe, así, en esa tradición crítica, a contrapelo de lo establecido —oficial o no—, que, desde el siglo XVIII, tantos timbres de gloria ha dado a la literatura de Occidente.

Para Paz, el enemigo hoy de la libertad y del progreso real —no sólo tecnológico— es la burocracia —vale decir, el Estado, abocado totalitariamente, aunque en secreto, al dominio absoluto sobre el hombre—, a la que ve como una clase, sin cesar creciente, frente a la cual se encuentran desarmados ideológicamente, tanto el capitalismo como el comunismo. ¿quién queda, pues, que pueda plantarle cara con garantías de éxito? A su parecer —que es también el mío—, un anarquismo renovado, adomático, que acierte a desligarse de ese siglo XIX en que nació y a asumir el reto del vertiginoso desarrollo tecnológico del presente, que se desprenda de sus resabios moralistas en nombre de una ética nueva, que, en fin, logre conciliar lo individual y lo colectivo de manera inédita.



DAMASO ALONSO INAUGURA LA TEMPORADA

EN la Asociación de Escritores y Artistas, Guillermo Díaz-Plaja disertó sobre la poesía de Damaso Alonso. A continuación, el propio poeta leyó una selección de su obra, lectura que ilustró con esclarecedores comentarios.

Pocos días antes, el director de la Real Academia de la Lengua había dado una conferencia sobre la obra, también, poética de Salvador de Madariaga. Damaso Alonso, pues, en plena actividad ha inaugurado la temporada cultural de Madrid.



CABRERA INFANTE



"La Habana para un infante difunto"

(La próxima semana en "Sábado Literario")

EL pasado jueves se presentó en Madrid el último libro —cuya publicación se venía esperando con interés— del escritor cubano Guillermo Cabrera Infante, o, si se prefiere, G. Cain. Se trata de una suerte de memorias eróticas a las que podemos llamar novela. Sobre *«La Habana para un infante difunto»*, que así se llama el libro, y sobre más cosas, publicaremos la semana que viene una larga entrevista con el autor, que estará estos días entre Madrid, Bilbao y Barcelona.

"PEÑA LABRA" Y LA CASONA DE TUDANCA

COMIENZA ahora la revista «Peña Labra» de la Institución Cultural Cantabria, que dirige Aurelio García-Cantalapiedra a publicar manuscritos de los que se guardan en la Casona de Tudanca, de la que habló Pereda en «Peñas Arriba»; manuscritos que guodó después de haberlos provocado su dueño, aquel gran señor de las letras que fue José María Cossío. En aquella casona escribieron libros, poemas o artículos grandes escritores como Unamuno o Alberti. Se empieza por Unamuno y aparecen, además de un artículo suyo sobre la casona, sus cartas a Cossío y las dedicatorias extensas que para él escribiera allí mismo de sus libros. En el mismo número de esta revista, que es el 32, figuran dos poemas de Guillermo Carnero y un anticipo, que ahora ya no lo es, del prólogo de Carlos Bouso-

ño al libro de este titulado «Ensayo de una teoría de la visión». En el sumario figuran también textos sobre Gabriel Miró: un artículo de Leopoldo Rodríguez Alcalde, y se exhuman dos de aquel santanderino, que fue tan directo discípulo del maestro levantino Manuel Llano. Se evoca con un artículo de Borges a la desaparecida escritora argentina Victoria Ocampo. E interesantes trabajos de Lily Litvak, Mateo José Rodríguez, Manuel Jurado López, Gustavo Agrat, Miguel González-Gerth, Miguel Amado, Carmen Sandi y Rafael G. Sánchez-Iglesias. Como siempre hay que destacar además del valor documental, creativo y ensayístico de cada número la exquisita presentación gráfica de gran cuidado tipográfico, excelentes dibujos y ofrecimiento limpio de facsimiles.

Escribe Angel LAZARO

Escribe Alfonso MARTINEZ-MENA



UN ESPIRITU FRATERO:

RODOLFO BARON CASTRO

HACIA la mitad de la segunda década de este siglo, el café La Granja, dos plantas, cada una cinco veces mayor que El Gijón, estaba llena de tertulias; la mayor era la que presidían Valle Inclán y don Manuel Azaña.

En la nave de enfrente, y a su misma altura, estaba la nuestra de hispanoamericanos y españoles: Miguel Angel Asturias, que ya había escrito sus leyendas de Guatemala y estaba a punto de escribir «El señor Presidente», «Hombre maíz» y «Mulata de tal», que habían de valerle años después el premio Nobel; José Díaz-Fernández («El blocao», «La venus mecánica» y «El nuevo romanticismo»), Joaquín Arderius («Ojo de brasa», «La espuela», «Campesinos») y uno que iba a estrenar, con Lola Membrives, «Proa al sol», al tiempo que Rafael Alberti estrenaba «El hombre deshabitado», con María Teresa Montoya, y que alguna vez, lo mismo que Eugenio Montes, pasaba por nuestra tertulia.

Una noche apareció un muchacho casi imberbe, salvadoreño, recién llegado de su país. Tenía tal aire adolescente que hizo que Pepín Díaz-Fernández le llamase «Baroncito».

—¿Ha venido Baroncito?

—No, no ha llegado aún —respondía Miguel Angel Asturias, tan larguirucho que apenas podía mantener sus piernas debajo de la mesa, y acostumbraba permanecer silencioso y avizorante, con su perfil de indio guatemalteco, apoyada su mandíbula en el puño.



Pues bien; Baroncito es nada menos que este don Rodolfo Barón Castro, que, según su expresión, se ha pasado toda la vida en España, como lugar de asiento para desplazarse como secretario general durante varios lustros de la Oficina de Educación Iberoamericana, y a quien el Rey Don Juan Carlos acaba de condecorar con la Gran Cruz de Alfonso el Sabio.

¿Qué ha hecho Barón Castro en todo este tiempo para merecer el honor? Yo lo pondría en el testero de lo que Darío llamó «espíritus fraternos». Rodolfo Barón, que es, sobre todo, un escritor conocedor como pocos de nuestro idioma (a él debo el conocimiento de la palabra «colombroño» como sinónimo de «tocayo»), ha sido en los pasados años, tan difíciles por las circunstancias españolas, el gran acercador diplomático de España a los países de la América española. Para él nunca hubo vetos ni distancias, gracias a su condición de escritor, y frecuentemente yo me comunicaba con Juan Marinello y Alejo Carpentier, representantes de Cuba en París, a través de Rodolfo Barón, liberalismo constante. Por ello no le costó ningún trabajo, sino que obedecía a la línea de toda su vida, expresar en sus palabras de gratitud, al recibir la orden del Rey Sabio, cosas como ésta: «... no sólo representó, en ese momento, el foco principal de la cultura europea y el centro de difusión de los puntos más lejanos del Viejo Mundo conocido, sino que tal se hizo con una liberalidad espiritual que el insigne Ballesteros Baretta la sintetizó en estas palabras:

«Para Alfonso la ciencia no tenía fronteras ni religiones, y acudía, sin distinción de sectas y opiniones, allí donde encontraba sabidores y especialistas». Palabras que han parecido orientar siempre la gestión, tan accedora a la gratitud de cuantos escribimos en esta lengua, realizada durante todos los pasados años por Rodolfo Barón Castro, de quien un poeta panameño, Roque Javier Laurenza, ha escrito algo que encantaría a don Eugenio d'Ors: «Porque las rimas en olfo (Rodolfo) son difíciles y son (Barón) tan remotas con un astro (Castro), no puedo dejar buen rastro de mi grande admiración por la fina condición de Rodolfo Barón Castro.»

Quede aquí la transcripción como un contrapunto a la obligada solemnidad de la ceremonia que se acaba de celebrar para imposición de ese merecido premio del rey Sabio. Pero, claro está, el sentido del humor —y Cervantes, en su gran libro, no hay duda de que fue el primer humorista español— no ha de restar empaque ni trascendencia a la figura del gran hispanoamericano de esta pequeña semblanza. Estamos, como quien dice, a punto de que se produzca la gran marea histórica (1492-1992) de una conmemoración que hay que preparar desde ahora, la fecha (no faltan más que doce años) en que España le regaló al mundo la otra mitad del planeta.

Hoy España sigue siendo la patria de Cervantes. Las letras. He ahí la continuidad y la permanencia histórica a través de los azares políticos y las disputas internacionales. Siempre permanecerán inmarcescibles los nombres de Martí, Gabriela Mistral, Neruda, Vallejo, Vasconcelos y, no hay que decirlo, Rubén Darío, de quien Pablo Neruda se dolió que no hubiera un monumento en la Argentina.

Pues bien, en ese bajo relieve de espíritus fraternos estamos seguros de que el nombre del salvadoreño Rodolfo Barón Castro, escritor ante todo, repetimos, por encima de sus grandes cualidades de diplomático (Darío fue diplomático también, como lo fueron Pablo y Gabriela), cercana la culminación del siglo, y más cerca aún el centenario —medio milenio del 1992— que ensanchó las fronteras de nuestra lengua, no puede faltar, repetimos, el nombre de Rodolfo Barón Castro. Lo verá quien viviere. Porque su labor —«lleva quien deja y vive el que ha vivido», cantó don Antonio— ha sido profunda y esencial en los dos continentes. Y perdone el lector que nos hayamos engolado un poco al final desde aquella juvenil tertulia de La Granja, frente a la de Azaña y Valle Inclán.

EL JERSEY ROJO (REVISION DE UN PROCESO)

ESTAMOS ante un tema que siempre ha sido palpitante y polémico, como es el de la institucionalización de la pena de muerte. Penalistas, profesionales del derecho y público en general, se han manifestado en pro o en contra de la privación legal de la existencia, en base a argumentos o a sentimientos, desde que el mundo es mundo. Recientemente, escalofriantes noticias de ejecuciones casi masivas, de mayor o menor involucración política y, por supuesto, de vez en cuando, la Prensa estremece a los lectores con alguna gacetilla sobre ajusticiados en determinados países en los que todavía está vigente la pena capital.

EN brevísimo repaso podríamos recordar que la abolicionista de la pena de muerte arranca de San Agustín y continúa con San Bernardo Duns Escoto..., aunque hasta la publicación en 1764 de «Dei delitti e pene», de Beccaria, que basa sus argumentos en la ausencia de medios intimidativos, no se inicia una auténtica campaña para su supresión. Se habla de que la pena de muerte no es correccional, de su desproporcionalidad, etc., por una parte, y hasta de ser procedimiento de selección (Garófalo), por la opuesta.

Pero hay otra faceta, bien preocupante desde todos los puntos de vista, y es la de la posibilidad del error judicial; algo sangriento y lamentablemente irreversible que puede producirse, y ante el que el ciudadano si que se encuentra totalmente desvalido, desarmado.

Caracteres de ensayo sobre la pena de muerte posee este libro de Gilles Perrault. «El jersey rojo», recientemente publicado por Argós Vergara. Perrault, que ha sido durante algunos años abogado en París, escribió «Los paracutistas», «Dossier 51», «Orquesta roja» y algún otro libro que le han proporcionado cierta relevancia y animado a dedicarse a las letras.

«El jersey rojo», constituye un claro alegato contra la pena capital, basado en la revisión del auténtico drama que fue el proceso del joven de veinte años Christian Ranucci, condenado a la guillotina y ejecutado en la madrugada del 28 de julio de 1876, acusado de dar muerte a una niña, hecho que reconoció tras agotadores interrogatorios, aunque más tarde lo negara insistentemente hasta el último segundo.

Creemos que por su propia naturaleza este libro puede muy bien encuadrarse en el grupo de los best-sélicos, aunque ignoremos hasta el momento la suerte que ha corrido desde el punto de vista comercial, que es el que encumbra los títulos a las listas del género. Y no sólo por lo malévolutamente atractivo que pueda resultar la exhaustiva revisión de las circunstancias que llevaron a Ranucci a la guillotina, tanto como por el interés que suscita su auténtica intención: la de poner en tela de juicio la procedencia o no de esos «ajusticiamientos»

entre un mare magnum de extremos comprobados y cabos sueltos que pueden presentar como aleatoria la sentencia dictada por los hombres.

A través de varias etapas-capítulos (El crimen, La instrucción, El proceso y La ejecución) se nos ofrece un detenido análisis del drama judicial, de los indicios que llevan a la decisión de culpabilidad y a la ejecución de un joven, pese a la existencia de otros más oscuros e incomprobados factores, no tenidos en consideración a su tiempo, que de alguna forma siembran la duda en el lector, entre los que destaca las insistentes referencias a un sádico individuo ataviado con un jersey rojo (de ahí el título), cuya localización podría haber desviado las sospechas recaídas sobre Christian Ranucci dando un sesgo distinto al proceso.

Escenas como la de la ejecución en la guillotina, con toda suerte de pormenores, o la del despertar del condenado para ser conducido al patíbulo, son de un angustioso patetismo, y realista, metódico y excitante es el seguimiento que el autor hace a través de escenarios, confesiones, personajes y entrevistas rastreando la posibilidad de un error judicial que, por supuesto, no puede confirmar, aunque deje crecer la duda, quizá por la simpatía que inconscientemente llega a inspirar el desgraciado muchacho, protagonista de un drama que parece movido por hilos del destino para quedar ribeteado de tragedia.

La máquina judicial, como antes lo hizo la policial, cumplen las normas dictadas por el «legislador»; pero el celo y la clarividencia cuentan demasiado a la hora de irreversibles decisiones, y eso es realmente preocupante. Un libro para pensar seriamente en la institución de la pena capital, y un alegato contra ella, porque, concretamente, el caso Ranucci, para muchos, sigue envuelta en una duda razonable a tenor de cuanto se nos cuenta en este «El jersey rojo». Quizá porque esa ha sido la intención de Gilles Perrault, que con serie formación legalista y conocimiento de causa no deja de novelar en esta suerte de reportaje policial-periodístico de tribunales, porque para eso es escritor.

CAMPANY Y ELYTIS

La bola Literaria



JAIME Campmany, que ya está a punto de alcanzar las cotas lingüísticas de Rafael García Serrano (su lenguaje es su ideología), escribía el lunes pasado un par de columnas espinadas, cuyo tema escapa, desgraciadamente, al contenido de estas páginas. No así una frase con que el articulista despachaba al último Nobel de Literatura: «Ese Odysseus Elytis». Como se ve, el demostrativo despectivo que el articulista endosó al poeta griego está en la línea de la mejor tradición española del desprecio por la cultura, de la arrogancia inculta frente a la inteligencia, de la huera gallardía frente a lo que se desconoce. Este lenguaje (lenguaje es ideología) recuerda a esos hombres poderosos que alguna vez nos han espetado: «Pues aquí me tienes, en tan buena posición, y sin haber tenido necesidad de leer tanto libro como tú.»

Blanca RUIZ NIN



LA LARGA MARCHA DE LAS MAYORIAS SILENCIOSAS

CREO que la única manera de entender el significado y la dirección de los fenómenos de nuestra existencia reciente estriba en una adecuada y crítica valoración de ese proceso de homogeneización y pérdida de antagonismo grupal en que se adentra la mayoría de la sociedad española, acercándose así a los modelos dominantes en las democracias occidentales. Lo que oculta la nostálgica expresión «Contra Franco luchábamos mejor» es la entropía cauterizadora que se adueña de antiguas diferencias de potencial: adormecimiento de la carga negativa que latía en los proyectos de la izquierda; aceptación de la política tecno-industrial dominante, a través de la táctica del consenso; progresiva sustitución de los enfrentamientos reales por un cambalacheo abstracto, suerte de bolsa de valores de la política donde las cúpulas sindicales negocian con la patronal al amparo de los cupones-afiliados.

Pero es preciso ir más allá, desbordar esos lugares (ya) comunes y analizar los comportamientos propios de esa masa des-electricizada que se está constituyendo. Si, como efectivamente parece que sucede, experimentamos un deslizamiento hacia la formación de una mayoría silenciosa con baja capacidad de respuesta y contestación de los poderes establecidos, ¿cuál es el significado profundo de este fenómeno? Desde tiempos inmemoriales, la izquierda ha considerado la apatía de las mayorías silenciosas como la mejor garantía de la perpetuación de poderes injustos. Asistimos ahora al extraño fenómeno de que son los gobiernos establecidos y sus oposiciones de izquierda quienes, en paradójica connivencia, acrecientan las llamadas a la participación política, solidaridad social y asunción de responsabilidades de sus respectivas mayorías silenciosas. Como dice el antes citado Baudrillard, «el único verdadero problema, hoy en día, es el silencio de las masas». Ese vengativo empeño de las mayorías silentes de vivir sólo atentas a las incidencias tal vez triviales de su cotidianidad, de dar la espalda a las exigencias históricas y de someter al ostracismo los mitos revolucionarios, ¿no constituirá la sustancia más significativa de nuestra época, el gesto que hay que auscultar una y otra vez, si de veras queremos dejar de tomar ilusiones por realidades?

LA SOCIEDAD DEL ESPECTACULO

CONVIENE empezar haciendo historia. La primera elaboración convincente, el primer acierto en la captura de la huida esencia de la sociedad masificada, surge con los situacionistas. Hace una docena de años, en vísperas del estallido incalificable de 1968, los situacionistas culminan sus análisis con la acuñación del modelo denominado «sociedad del espectáculo» (2). Con el término «espectáculo» designan la última etapa de la mercantilización productivista de la existencia humana. Es decir, recapitulando esquemáticamente, los situacionistas se refieren al siguiente proceso:

El ciclo producción-consumo de las sociedades capitalistas, retroalimentándose a sí mismo, se independiza de los productores (de la elección de sus necesidades) y, para mantener incólume la energía del trabajo que lo nutre (y que la automatización, al menos teóricamente, debía reducir), amplía su campo de acción e industrializa los sectores de servicios, cultura y ocio, al tiempo que intensifica la producción de objetos de todo pelaje (desde los artilugios cibernéticos a la industria del «gadget»). Como consecuencia, los productores (a los que se intenta engañar con la pretendida esencia liberadora de su simétrica condición de consumidores) quedan enajenados no sólo del producto de su trabajo, sino de la totalidad de su vida, ya que ésta se les presenta como la sucesión espectacular e ineludible de utensilios, servicios, signos de holganzas prefabricadas y paulatinamente obligatorias, pues la lógica del Capital exige que todo el trabajo social se transforme en mercancía consumible, de manera que la reproducción del proceso quede asegurada.

El resultado de este proceso es un mundo-escapate, formado por capas geológicas de mercancías, nacidas en las suce-

A nuestro país le ha correspondido el problemático privilegio de acceder al sistema democrático cuando, en opinión de buen número de sociólogos y politólogos radicales, ya nadie representa nada, es decir, cuando los referentes clásicos (pueblos, clases, ideologías...) que garantizaban la autenticidad vital de las instituciones representativas van evaporándose en un proceso de indiferenciación grupal y de masificación. Como el sociólogo y comunicólogo Jean Baudrillard ha señalado (1), «el único referente que funciona todavía es el de la mayoría silenciosa», entidad nebulosa y estadística (no por ello inexistente), que monopoliza la capacidad de dar el espaldarazo a los poderes vigentes.

sivas revoluciones tecno-industriales, que ocupa y vampiriza la totalidad de la vida social, provocando un distanciamiento de los hombres entre sí y respecto de su producción global. Las sucesivas etapas de este proceso conducen al desenraizamiento de los pueblos (movimientos migratorios, éxodo del campo a la ciudad), su reubicación física (urbanismo salvaje, disparo del transporte como renovado combustible de la producción de automóviles, autopistas, etcétera) y su reubicación sociológica (ruina de las viejas estructuras asociativas, crisis del papel formativo de la familia a manos de los medios de comunicación de masas, renovación de las funciones de la escuela y la sanidad).

Todo este aluvión de gentes despojadas de su memoria y de sus antiguas fórmulas de convivencia constituye, todavía, para los situacionistas la única esperanza de una revolución social que interrumpa la circularidad alienada y repetitiva del ciclo producción-consumo: confían en el despertar de toda esta población explotada, pero para ello consideran necesaria una profundísima renovación de las prácticas críticas y revulsivas de la vanguardia. Pronto, la crisis del propio movimiento situacionista, la explosión abortada de los mayos de 1968 y el vacío posterior facultarán otra serie de interpretaciones teóricas radicales montadas sobre el quicio de la teoría situacionista, y cuyo, tal vez, más directo exponente es Baudrillard.

Sedimentadas en las grandes urbes, maceradas por las sucesivas etapas del posindustrialismo tecnológico y agrupadas, como mucho (y más abstracta que efectivamente), en los lentos y anticuados partidos de la izquierda oficial (especie de seguro que impide que el capital se dispare sin excesivas contemplaciones, al tiempo que lubrica el funcionamiento persistente de la sociedad del crecimiento), las masas acceden a su actual potencial inerte e indiferente. Su existencia misma, en opinión de Baudrillard, a quien de ahora en adelante sigo, es el síntoma más claro del reiterado fracaso de los maestros pensadores, de las élites inductoras revolucionarias: fin de un ciclo, de una manera de ver el mundo. La actual situación revela, además, que todos los grandes esquemas de la razón (histórica, política, revolucionaria) no cuajaron más que en «la delgada cresta de la capa social detentadora del sentido». Lo «social» mismo, ese complejo dispositivo de valores nacidos con la Ilustración y la Revolución Francesa (libertad, igualdad, fraternidad), permanentemente sometido a nuevas perfecciones (propiedad colectiva, socialismo al fin), que provocó la inmensa movilización occidental y que está en la base de la masificación contemporánea, se ve desmentido de raíz: su efímera existencia, más imaginaria que real, ocupa el corto lapso de tiempo que va de la Ilustración a nuestra época. Contra todo pronóstico, la mayoría silenciosa, la masa, es el vaciado de «lo social», su consunción y puesta en simulacro.

Las masas constituyen el antipoder de la inercia y lo neutro: absorben la totalidad del bombardeo de apelaciones, conminaciones y órdenes morales que se les inculcan, pero no reflejan ninguna respuesta. Actúan como esos «agujeros negros» descubiertos en la inmensidad cósmica: aspiran toda radiación, acogen la luz en su densísima espesura, pero la neutralizan en su invisible negrura. Aluvión de moléculas individuales, nacidas de la destrucción de los mínimos lazos de las antiguas comunidades, no se expresan: su eficacia estriba en arruinar todos los sentidos.

De ahí que, para justificar sus decisiones, el Poder tiene que inventarles una voz, lo que lleva a cabo mediante una puesta al día de la vieja bola del adivino: sondeos, tests, referéndums y toda clase de procedimientos indirectos serán utilizados para forzar la respuesta de un ente que ya no es social, sino estadístico. Pero, por otro lado, lejos de ser el lugar de la negatividad y de la explosión con que soñaban las esperanzas revolucionarias, las masas son el ámbito del silencio y la implosión.

La cultura y la información actuales tienen, a su vez, el propósito de mantener a las masas bajo el sentido, sea cual sea su contenido político: hay que liberar la energía que absorben, para hacer con ella algo social; hay que librarlas de la inercia que corroe de arriba abajo los puntos del contrato social. Pero, una vez más, se resisten a estas solicitaciones responsabilizadoras y moralizantes: olfatean la voluntad de enfilárselas políticamente, de organizarlas en el círculo vicioso del sentido y reaccionan abatiendo los discursos articulados, conduciéndolos a una dimensión irracional donde se reducen a espectáculo. El esfuerzo, la energía que todas las instancias conferidoras de sentido deben hacer para regenerar el descalificado esqueleto social de las masas es inmenso. También es contraproducente: la acumulación informativa, la panoplia de los discursos, las solicitudes de cooperación más o menos larvadas, neutralizan siempre más «campo social», crean masas inertes crecientes, entropizan la totalidad de las instituciones y contenidos pretendidamente sociales. Pero la producción de esa demanda de sentido es crucial para el sistema: sin un mínimo de receptividad, sin un mínimo de participación en el sentido del proceso general, el simulacro se hace demasiado evidente y el edificio entero amenaza ruina.

DE LA REVOLUCION AL HIPERCONFORMISMO

MASAJEADAS por el bombardeo de propuestas de sentido, las masas practican la técnica del camuflaje: aceptan indiferenciadamente la totalidad de los contenidos y elevan su conformismo al infinito, pero de la batería de signos, mensajes y discursos filtran y rechazan la pretendida verdad, el sentido. Idolatran el juego de los signos, la fascinación de los estereotipos, las secuencias espectaculares de los mensajes. «Panem et circenses»: los políticos se reunieron hace tiempo con los futbolistas y los artistas en el firmamento espectacular.

Pero si el silencio y la conversión de cualquier mensaje en signo espectacular son las metamorfosis practicadas por las masas sobre la producción de sentido que

las inunda, su práctica es menos silenciosa en cuanto al resto de los productos de la sociedad del crecimiento. En este terreno, las masas rizan el rizo de las propuestas del sistema, extreman recalcitrantemente los placeres del consumo y, de esta manera, amenazan los límites de la política económica del capitalismo: por más que la propaganda oficial, los economistas, los ecólogos y las asociaciones de consumidores traten de inculcarles la racionalidad de la demanda, han hecho del consumo un rito, una emulación inútil, un «potlach». Nada detiene su inconformismo infraccionario, quieren más y más como si hubieran intuido que un sistema sólo se abole desde dentro mediante la exacerbación hiperlógica de las prácticas que animaba.

Se cruzan, así, el mecanismo explosivo (crecimiento y desarrollo perpetuos) que las masas aceleran hasta límites que ni el sistema puede tolerar y el mecanismo implosivo (mutismo hacia el sentido, irracionalidad espectacular, vaciamiento de la trama de lo social). En consecuencia, el comportamiento de las mayorías silenciosas occidentales y de todas las sociedades de crecimiento exponencial revela un acercamiento paulatino a una situación de crisis total y una perceptible psicología propia del carnaval que antecede al desastre irremediable. En el origen de este proceso se encuentra la falta de control sobre el sistema explosivo, que ha caracterizado la expansión occidental. En su irreversible desenlace actuará la implosión: ¿lenta y ralentizada o catastrófica y violenta?, sólo el tiempo puede decirlo.

EN EL FURGON DE COLA

ESTE artículo se había iniciado, señalando que nuestro país se adentra en el modelo espectacular que acabó de describir (con la ayuda de Baudrillard y los situacionistas). Estando como estabamos en el furgón de cola del orbe desarrollado poseemos obvias peculiaridades que, de todas formas, van difuminándose paulatinamente. Se puede mantener cierta conformidad con quienes aseguran que la diferenciación social, el grado de influencia del factor clase (y, en consecuencia, de los partidos políticos representativos) es superior a la medida de las democracias «avanzadas». Ahora bien, si con el recién desaparecido Poulantzas coincidimos en que «clase» no es, sino «práctica de clase» (o sea antagonismo activo), esa primera impresión se tambalea. Abundaría en la misma dirección el hecho de la abundante abstención en las etapas del «tour» democrático que ha sido calificado de «pasotismo» y analizado como si fuera exclusivo de una peculiar insolidaridad y escepticismo hispano. Sabemos ya (o deberíamos) que «pasotas» no hay, tal vez, más que dos o tres; y que el resto no pasan, sencillamente se dedican, como las mujeres, a «sus labores».

Indicio desmesurado del «aggiornamento» colectivo es la visión dominante que se tiene de la espina de Euskadi. Es un hecho que en la nacionalidad vasca se han encarnado, con una audacia inusitada, los mitos capitales de la Revolución, bien es cierto que hondamente entrelazados a una tarea de recuperación de identidad nacional en la que juegan móviles oscuros y también míticos. Y es, precisamente, esa radicalidad que pone al descubierto el entreguismo de las opciones de la izquierda del resto del país, la que se mira como algo utópico y obsoleto ante los prestigios del consenso propiciado por socialistas y eurocomunistas.

Por último, un pequeño ejemplo de cómo la masificación espectacular toma al asalto otros ámbitos: si ya «El Papus» y otros aparatos se encargaron de convertir en «espectáculo» los avatares de nuestros políticos de izquierdas y derechas, algo similar está aconteciendo en el terreno, tabú desde tal punto de vista, de la cultura. Poseemos ya con la revista «La Bañera» un receptáculo donde las élites, voluntaria o involuntariamente, se sumergen en la fascinación de la masa, donde las ideas y los discursos creadores de sentido dejan de contar ante el aspecto físico, o la vida fotonovelable de nuestros héroes culturales.

(1) «A la sombra de las mayorías silenciosas» (Jean Baudrillard) (Kairos).
(2) «La sociedad del espectáculo» (Guy Debord) (Sudamericana).

